

Introducción a la Libreta Espiritual

Algo más que un recetario o un manual de aplicación.

*Me mido a diario para ver si he crecido,
no para conocer mi estatura.
(Eduardo Chillida)*

Algunas cuestiones que suenan teóricas pero que son esenciales: vamos a hablar de Competencia Espiritual.

Partamos de la base de que **la Libreta Espiritual es una herramienta**, es decir, un medio **para alcanzar un fin y que es este último el que nunca debemos perder de vista**. Esta obviedad (que no lo es tanto, pues muy a menudo confundimos medios y fines, especialmente en educación) es la que nos da la clave para comprender **qué es la Libreta Espiritual, para qué sirve y cómo hemos de usarla**.

La finalidad

El fin es la formación de nuestros jóvenes como personas íntegras, completas: cristianos y ciudadanos situados correctamente en un mundo al que desean transformar tomando sus vidas en sus manos, concebidas como proyectos con unas coordenadas (cristianas) concretas. En otras palabras, **el fin es la felicidad y madurez de nuestros alumnos y alumnas**. ¿Otra evidencia apodíctica? Podría discutirse, aunque no cabe duda de que, aunque nuestras programaciones digan otra cosa (con sus objetivos mensurables, sus criterios ponderables, sus tareas competenciales...), lo que más nos hace sentir que hicimos un buen trabajo (y nos alegra) es cuando un antiguo alumno/a nos visita y sonrío porque es feliz: quizá no tenga el mejor trabajo, tal vez no recuerde formulación química ni análisis sintáctico alguno, pero **sientes que está bien situado en la vida**.

El contexto

Cuando salen de nuestras aulas, nuestros jóvenes deben responder en su vida a numerosos retos, muchos de ellos contradictorios aunque ellos los vean con naturalidad: vivir en una sociedad en constante cambio a la vez que les crea la necesidad y el deseo de *estabilidad* (una relación estable, un trabajo fijo...); un mundo que les exige autenticidad (*sé tú mismo*) y continua definición de sí (*ten un estilo, escribe tu estado en Facebook, define tu imagen en Instagram, relata tus gustos en tu perfil de...*) pero que lo hace desde un mercado de masas *anonimizador* e igualador; **una sociedad**, por último, que los educa con un deseo de integridad pero que se resiste a abandonar la compartimentación del saber, que busca lo pragmático (lo que sirve, lo observable, lo medible y cuantificable) y **que va dejando de lado cuestiones esenciales (las grandes preguntas, las eternas inquietudes, difícilmente reducibles a criterios observables: ¿cómo voy a ser feliz?, ¿qué debo hacer con mi vida?, ¿quién soy, quién debo ser, quién quiero ser?, ¿cuál es y cuál debería ser el papel de Dios en mi vida?)**.

Las Competencias

En este contexto (muy reducido en su descripción) **se sitúa nuestra labor**. Admitamos que **las Competencias son una buena intuición para afrontar** el problema de la **educación: cómo integrar las distintas disciplinas, cómo orientarlas a la vida, cómo hacerlas útiles...** Sin embargo, al menos desde nuestra perspectiva, quedan incompletas. Escuchamos a menudo que una competencia es un *saber-hacer*. Pero sentimos que falta una competencia que se refiera al **saber-ser (o saber-vivir)**, entendiendo el *saber* no solo como conocimiento, sino también como *sabor*: una competencia que nos enseñe que **“no el mucho saber harta y satisface, sino el gustar internamente de las cosas”**.

Saber vivir

Es ahí donde nos situamos: **desarrollar una una competencia integradora de la propia vida, que comprende no solo el conocimiento más científico** (el saber académico),

sino el saber más vital (las propias experiencias, la vida entendida como proyecto). Esta competencia ofrece una nueva dimensión a lo que hago y aprendo, pues me orienta a lo que soy y a lo que Dios quiere de mí. Es una competencia espiritual en cuanto trasciende e integra a las demás tomando como punto fundamental a la persona que busca un sentido global a través de su relación con Dios.

Esta competencia tiene dos cualidades que están íntimamente ligadas al sentido de la Libreta Espiritual.

Por un lado, parte de la **seguridad de que toda persona** (y también nuestros jóvenes) **tienen un mundo interior que es necesario cuidar**, pues de él surgen y toman forma nuestros proyectos, nuestras esperanzas y lo que somos.

Por otro lado, **este mundo interior requiere de una relativa estabilidad y conocimiento**, asumiendo su continua movilidad y sus persistentes oscuridades.

El cuaderno: lo que es, lo que pretendemos.

Sentido de la Libreta

Comprendido lo anterior es sencillo entender para qué sirve la Libreta Espiritual. Recordemos la frase de *Chillida* que hemos anotado al inicio: *medirse a diario no es para saber lo grande que somos, sino para asegurarnos de que seguimos creciendo*. Es decir, no es un **medirse** para vanagloriarse, sino **para seguir buscándonos**.

Así entendido (que tenemos un mundo interior que cuidar, que nuestras experiencias necesitan un sentido, que mi vida es un proyecto que va más allá del trabajo que realizaré en el futuro, que además de saber-hacer también debemos saber-ser...), **el cuaderno sería el lugar donde mirarse sin narcisismo, una herramienta que pretende educar la mirada interior para descubrir y descubrirnos**.

Mirar el interior

La libreta busca **visibilizar lo que hay dentro de uno mismo**, poner un nombre a lo que habita dentro, narrar el mundo interior con el objetivo de comprenderlo, de darle un sentido hasta de tres formas distintas: *darle un significado*, *darle una orientación* y *darle un valor* a lo que hacemos y vivimos. Porque **al narrar estamos dando un argumento**. Y al *narrarse* lo que vivimos, sentimos, tememos o esperamos vamos construyendo dicho argumento (nuestra identidad, nuestro proyecto): lo que aprendemos y vivimos va adquiriendo un sentido. **El cuaderno, cuando se escribe y cuando se relee, nos ayuda a tomar conciencia de lo que soy y de dónde estoy**.

Dejarse interpelar

Pero no es solo el lugar donde *conocerse*. **También es el espacio donde dejarse interpelar por Dios**. Mi vida se convierte en *texto*, en narración desde la que Dios también nos habla.

Definir coordenadas

En resumen, **el cuaderno va creando un argumento a la propia vida, como un diálogo del joven consigo mismo y con Dios**. En este diálogo, él va creando sus coordenadas vitales, va haciendo un proyecto de vida que se sitúa más allá del *qué voy a hacer* (saber-hacer): *quién voy a ser* (saber-ser, saber-vivir).

Ahora sí: algunas cuestiones metodológicas.

Es difícil elaborar un manual de instrucciones a **una herramienta que**, por definición, **debe ser especialmente personal e individual**. Más aún cuando es una herramienta que debe *aplicarse* a una realidad tan diversa (de personas, de recursos materiales, de tiempo, de realidades de todo tipo). Y aún más cuando el objetivo de la misma es algo tan falto de concreción (como esencial) como conocer lo que se mueve dentro de mí para construirme como proyecto.

Desde esta perspectiva, se han de leer las siguientes notas más como consejos o guías que como instrucciones.

1. **El cuaderno es una gran herramienta, pero no es la única.** También están las tutorías, las líneas de fuerza, las convivencias y, sobre todo, nuestros gestos, nuestras palabras... Eso sí: es una herramienta que podrá seguir activa cuando nuestros jóvenes ya hayan dejado nuestras escuelas.
2. Por eso es una gran herramienta. Pero también por su efectividad (el diario espiritual, cristiano o no, tiene siglos de historia) y su sencillez: **se trata de escribir** –(en nuestro caso, de “dejar escribir”)-.
3. Nosotros **tomamos lo ignaciano como claves de referencia** no solo porque nos define sino, sobre todo, porque hemos sentido su valor en nuestras vidas: **el examen, el discernimiento de espíritus, el magis...** Estos *conceptos* no son una tradición a mantener por su valor histórico o identitario: **son herramientas para vivir de acuerdo a un ideal.**
4. Hemos de **prestar especial importancia al silencio y la contemplación** en una sociedad y una escuela muy preocupada por la motivación (entendida muchas veces como entretenimiento) y la pura acción.
5. **Sé fiel y constante. Aplícala si tienes la seguridad de que puedas hacerlo**, no renuncies a ella por cuestiones *urgentes* de última hora, no la hagas de cualquier modo, no la impongas porque sea una obligación.
6. **Sé creativo.** Adáptala y transfórmala según tus necesidades y la de tus alumnos. Recuerda que es un medio y no un fin. **Déjate tú también interpelar.**
7. **Pon en el centro a la persona, al joven concreto dale lo que necesite.** No creas que esto es sencillo: a menudo ponemos por delante objetivos (y su cumplimiento), compromisos, nuestros ideales...
8. **Acompaña al joven.** El tiempo y nuestros recursos lo impiden, pero merece la pena hacer el esfuerzo, aunque no cubramos todas las necesidades. Acompañar pasa por respetar, por crear ambientes para el encuentro, por mostrar sincero interés..., por lanzar preguntas...
9. Lo trabajado en **el cuaderno puede servir de diálogo con el alumno/a, si ellos quieren** y se abren a compartirlo. Nadie, salvo ellos –(y aquellos con quienes ellos decidan compartirlas)-, pueden ver sus propias libretas espirituales, pues se trata de garantizar su libertad exterior e interior. Ellos han de saber esta premisa invariable y nosotros asumirla.
10. **Cuida los detalles:** de impresión, de edición, de dedicación de tiempo (no dejes la peor hora)... No lo hagas de cualquier manera... **Cada Libreta Espiritual editada está acompañada de una tabla que orienta su sentido y su aplicación temporal, relacionadas con la clave Ignaciana** (inspirada en los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio).

Nota: Las libretas de 3º y de 4º de ESO se imprimen en el formato de “dos páginas en una”; así, se emplea una sola hoja por alumno y tienen espacio suficiente para escribir por delante y por detrás. El resto, se imprime con normalidad.